

# El psicoanálisis y el concepto de *creación*

C. Gibrán Larrauri Olguín\*

## *Resumen*

El psicoanálisis, como un orden discursivo de la imposibilidad de toda metafísica, apunta a rescatar los aspectos negativos de los fenómenos sociales, siempre a partir de la concepción del hombre como subsidiario de una falta. Tal es el caso en lo referente al concepto de *creación*. El psicoanálisis señala que la cultura como tal es una creación que separa de la animalidad e instala el registro del deseo. Asimismo, señala que de la interdicción del goce por parte del lenguaje surge un ímpetu no sólo creativo sino también destructivo. En este artículo, por último, se hace énfasis en la necesidad imperiosa por aventurarse en las vías de la creación, en específico literaria, contrapeso necesario ante la debacle de la palabra en la era posmoderna dominada por el discurso de los mercados.

*Palabras clave:* creación, psicoanálisis, cultura, destrucción, literatura.

## *Abstract*

Psychoanalysis, as a discursive order of the impossibility of any metaphysical, aims to rescue the negative aspects of social phenomena, always from the conception of man as a subsidiary of a fault. Such is the case with regard to the concept of *creation*. Psychoanalysis notes that the Culture itself is a creation that

\* Licenciado en Psicología por el Centro Cultural Universitario Justo Sierra. Actualmente colabora como profesor de asignatura en el Departamento de Comunicación de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, y participa como responsable de redacción de la Publicación Electrónica *COMUNICOLOGI@: indicios y conjeturas*. Cursa la maestría de Psicoanálisis y Cultura en la Escuela Libre de Psicología.

separates the animality and installs at the same time the registration of desire. Also, he noted that the prohibition of enjoyment by the language provokes not only the creative field but also the destructive. This article, finally, emphasizes the imperative need for adventure in building roads, in specific literary, necessary counterweight to the debacle of the word in the postmodern era dominated by the discourse of markets.

*Key words:* creation, psychoanalysis, culture, destruction, literature.

El hombre inventó el arte y la aventura, la excursión y el flirteo, la baraja y la televisión, la heroína de jeringuilla y la heroína de novela, los estimulantes y los estupefacientes, para aplacar esta insidiosa manifestación de la nada, que hace al aburrimiento pariente pobre de la angustia.

JOSÉ ANTONIO MARINA

## Creación de la cultura: asesinato del Padre

Inicio este ensayo con un par de frases que pueden resultar superfluas, pero que sin duda me permitirán la confección de las ideas centrales que, desde mi perspectiva, articulan el concepto de *creación* con el bagaje teórico del psicoanálisis. Las frases dicen: *Todo sujeto no es engendrado sino creado. Toda creación es, en su esencia, una transgresión.*

De dichas sentencias, se puede colegir primeramente que la subjetividad, corazón del accionar humano, no se constituye solamente con el nacimiento biológico sino que hace falta que nazca simbólicamente a partir de la matriz del Otro que lo precede, y de la cual necesita para subsistir. Por lo tanto, se puede decir que no hay humanidad hasta que el organismo es legalizado, hecho cuerpo. Es decir, y recurriendo a la etimología, tendríamos que diferenciar el término *engendrar*, término con el que comúnmente se hace referencia a lo humano, del término *crear*. *Engendrar* hace referencia ante todo a la constitución biológica del

hombre en el sentido de que significa la “introducción del gen”, mientras que *crear* se refiere a “criar”, a dar connotaciones educativas a lo que en primera instancia se da bajo los cánones de la lógica del organismo, ajena a todo influjo simbólico.

En adición, a través de la segunda de las frases, queda de manifiesto que para el psicoanálisis la presencia de la subjetividad en el mundo es el paradigma de la ruptura del orden natural por parte de la especie humana, en otras palabras, que la cultura que posibilita la reproducción de la subjetividad, que demarca lo humano de lo animal, es en esencia resultado de una violencia suprema a la que le debemos la vida conforme a los parámetros sociales.

En este sentido, Lacan menciona: “con la Ley y el crimen comenzaba el hombre” (2005). Indicación que no ha dejado de ser criticada y rebajada con vehemencia (como muchas otras del mismo autor), pues señala algo traumático, a saber, que la cultura ha sido generada con base en un acto que lleva la marca de la violación, es decir, la normatización de lo Natural. Para hablar con mayor profundidad, de acuerdo a lo evidenciado por la lupa psicoanalítica, la cultura (en cualquiera de sus versiones) es el resultado de una prohibición que se opone de lleno a la satisfacción que en el advenimiento del humano se presenta como algo a lo que está orientado, prohibición que recae sobre el *goce*, concepto que a su vez, cabe señalar, se separa del concepto de *placer* en cuanto que implica un exceso que borra la diferenciación necesaria para advenir en el universo parlante y en cuanto se opone al registro de la cogitación. Dicho lo cual, queda indicado que el mundo racional que se constituye con base en la Ley y que tradicionalmente ha sido defendido y alabado en correspondencia a sus virtudes pacificadoras y progresistas, proviene de un acto inaugural de suma transgresión que rompió en definitiva con el designio natural (tal vez divino), con la vida alejada del símbolo, y así, corrompió definitivamente el entorno, lo civilizó.

Evidentemente, al tratar de explicar el origen de tal ruptura, o la paulatina transformación de ese estado meramente biológico del hombre, su estado instintivo, al estado simbólico y pulsional que lo distingue, nos topamos con un punto ciego, con un eclipse de sentido que impide dar una explicación sistematizada.

A partir de esta imposibilidad de encontrar el grado cero de la cultura es que Freud inventará lo que para muchos representa el último mito moderno de la humanidad.<sup>1</sup> Mito que más allá de su carácter ficticio, de-vela esa interdicción constante que, como he mencionado, se basa en limitar la plena libertad, el goce o la unión simbiótica con la Madre, y que tendría que esperar la reflexión lacaniana para que alcanzara su valor estructural. Me refiero evidentemente al mito del asesinato del Padre primordial, cuyo significado rescato como el acto creador por antonomasia del cual parte todo el edificio cultural y sus diversas manifestaciones creativas e incluso destructivas, como veremos más adelante.

De acuerdo a Gerber, en dicho mito

[...] hay un goce primario, encarnado en el padre que posee a todas las mujeres, o a *la mujer toda*. Es el padre que se asimila al goce. La ley surge del asesinato de ese *padre-el-goce*, es consecuencia directa de la pérdida del goce absoluto que el crimen simboliza. La forma épica del mito presenta aquello que el ser humano tiene que pagar por su acceso a su humanidad, acceso que demanda un sacrificio: el goce, la omnipotencia (2005:49).

Así pues, contrariamente a lo que podría pensarse, la subjetividad no es propiciada por una adaptación natural al medio ni es equiparable a la noción de complementariedad; sino que es creada sólo mediante la experiencia de una pérdida que moviliza la subjetivación del mundo y que a su vez provoca la falta que moviliza al deseo (dimensión puramente humana). Se constata de este modo que la subjetividad es una construcción que *divide*, que se divide, entre el ser y el ex-sistir. Tal pérdida, como he tratado de señalar, se refiere a la resignación del goce. La importancia del mito freudiano que narra el asesinato del Padre primordial, radica en la plasmación de que siempre ha sido necesario para la cultura la implantación de un límite, de un “no-Todo”, pues sin esta Ley, la sobrevivencia de la especie humana es utópica, sus instituciones impensables y su dimensión intelectual imposible. Es mediante la creación de la Ley que establece los

<sup>1</sup> Evidentemente, para profundizar psicoanalíticamente en el tema de la creación de la cultura es indispensable remitirse a la obra de Freud titulada *Tótem y tabú*.

intercambios simbólicos que la humanidad es viable, de otra forma se promovería una anarquía que borra toda referencia y, por ende, toda ocasión de convivencia, pues

[...] instituir la vida es instituir el deseo humano. Esto atañe al tormento del sujeto en su propio cuestionamiento vital, es decir, en sus conflictos de diferenciación, en su apuesta inconsciente a la omnisciencia y la omnipotencia. Instituir significa plantear los límites de esta relación; se podría decir: neutralizar la locura (Legendre, 1996:322).

El rechazo de la Cosa, la cual se puede entender como la unión sin corte con la demanda materna en un plano fuera del sentido y que vuelve irracional –literalmente– a quien la posee, es decir, que objetiva, es de primera necesidad para ganarse un lugar en la cultura como civil, a saber, como sujeto que responde a una filiación que le delimita lo prohibido (el goce, el ser, la Cosa misma) y le posibilita lo permitido: desear, y sólo eso, el objeto de total satisfacción, ese amor de la Madre absoluto. La entrada en la comarca de lo simbólico es el andamiaje que subjetiva lo real, ese real que amenaza con aniquilar las diferencias y hundir en el cenote del goce del ser, como lo reitera Pommier:

Subjetivar el afuera pulsional equivale a soñar un dominio con respecto de aquello que arriesgaba objetivar. En suma, es (“hacer el padre”) (pretenderse el “padre”) (“funcionar como padre”) definiendo su imperio con respecto a las cosas y no a la Cosa (2005:50).

Por ende, la creación de la cultura implica el dominio –no siempre completo– del mundo, su aprehensión, la fundación institucional misma. De esta forma, apreciamos por qué se habla de asesinato del Padre, pues, en cuanto el sujeto se confecciona como tal, modifica el mundo y señala en ese acto su capacidad y su separación en lo referente de lo dado naturalmente, toma el lugar del Padre creador, lo desplaza, lo asesina. En esta verdad radica el castigo que sufriera Prometeo en la mitología griega, metáfora de ese asesinato del designio divino que da comienzo a la creación de lo humano basada en la construcción de herramientas y leyes. La potencia humana que manipula el mundo gesta su salvación de la

omnipotencia caótica a la que en un principio se veía atraída en los brazos de la falta materna, en el regazo de lo Natural sin simbolizar.

Éste es el Crimen-Creación que hizo nacer a la humanidad como la conocemos: la lengua que mata la Cosa y puede nombrar las cosas, la Ley que impide el goce y con ello el individualismo y forma así el lazo social. En este sentido,

El pretendido hombre neuronal no sobrevive fuera del lazo social. Permanecemos para siempre separados de nuestra insondable naturaleza de animales: cada sujeto habría sido en primer término hablado por el Otro, antes de consagrarse a hablar su lengua, eso que lo distingue de la bolsa de piel del organismo, de pie gracias a las palabras (Pommier, 2005:50).

Entonces, tenemos que si hablamos de creación de la cultura, implícitamente hablamos de violación, hablamos de implantación de límites, arrancar de la naturaleza la carne humana para hacerla cuerpo. Razón por la cual Foucault señala que “el hombre es indudablemente sólo un desgarrón en el orden de las cosas” (1968: 8-9). Diría yo a mi vez que el hombre es *el desgarrón* por excelencia que da testimonio de la separación del narcisismo que en un principio obtura el surgimiento de la singularidad, la cual, por su parte, para el psicoanálisis se entiende como la manera de posicionarse en el lenguaje o la manera en la que el sujeto se apropia de la prótesis simbólica.

En suma, dicha creación primaria señala que para vivir hay que ser partícipe de una deuda y de una culpa (conceptos que en alemán se condensan en la palabra *schuld*);<sup>2</sup> estar imposibilitado en cuanto a la pretensión de completud a través de la limitación de gozar del objeto de amor total. Culpa y deuda por un crimen necesario. Necesario pues se basa en una elección: o la unión acéfala con los bordes de la nada de la Cosa, aceptando sin miramientos la demanda materna de ser el falo que le falta en un sistema cerrado, o separarse y rechazar esa satisfacción para desear serlo en otro terreno, en el terreno de la discursividad, palabra mediante.

<sup>2</sup> Véase “Aforismos sobre deudas y culpas”, en N. Braunstein, *Por el camino de Freud*, Siglo XXI Editores, México, p. 42, 2001.

Por lo tanto, desde la perspectiva freudo-lacanianiana el sujeto siempre es culpable y deudor en la medida que su conformación implica irremediabilmente su separación de la Cosa, de ese plano de auténtica sin razón que viene a representar la posibilidad de una satisfacción que no integra el organismo a la legalidad. Esa Cosa tiene que ser rechazada, reprimido su alto contenido narcisista en beneficio de la civilización, pero dejará su marca: la pulsión como ese polo que incita a la recuperación, la constatación en el quehacer humano de que “algo falta”, lo cual se traduce a su vez como “estar en deuda”, o para hablar en términos más ortodoxos dentro del campo psicoanalítico: estar castrado.

Dicha deuda por ese crimen que implica la represión del goce a través de hacer las veces del Padre creador, no es mera jerga vacua sino una verdad que se materializa en el devenir del sujeto quien suele sentir una constante tentación de rebasar los límites, de regresar al Uno prohibido, y de sentir una hostilidad latente hacia la cultura a la cual dirige sus quejas por no otorgar la satisfacción que promete con sus instituciones, por no otorgar, pues, aquello que arrebató: el ser, de nuevo: el goce.

El inconsciente como sitio que señala la imposibilidad de un completo equilibrio del sujeto para consigo mismo y para con su mundo, es así la prueba de que el sujeto no se rige conforme a los convencionalismos de la eficacia y la certeza sino conforme a la búsqueda de una respuesta que venga a saldar esa deuda que puntúa la fuga del ser en el agro de las palabras. Hablo aquí de la división del sujeto: rechazo de la completud como condición de convivencia para después, en esa convivencia, buscar la completud rechazada. Culpa, deuda, castración, son sinónimos del precio que se paga por ganarse un nombre entre los nombres, y son la razón de ser de un constante anhelo de regreso al ser que se diversificó en los almanaques de la filiación.

Rechazar el uno de lo Unario constituye el eterno presente de la deuda respecto del Otro materno. El rechazo es necesario, ya que identificarse con el falo que la madre no tiene equivaldría a la muerte y anima a la pulsión de muerte. Y sin embargo esa nada se impone en el seno mismo del ser como una condición de la existencia. El rechazo se produce teniendo como fondo un eterno retorno del ser con el que habría sido necesario identificarse (Pommier, 2005:17).

Así pues, constituirse como sujeto significa exiliarse de la patria del ser; ganarse un lugar en la sociedad como deseante, por ende, significa deambular en una red lingüística que se ve imposibilitada para significar lo que el sujeto es, así como se encuentra inerme para dar la razón de ser del hecho de estar vivo; o sea, la institución del lenguaje puede ser apreciada como *pharmakon*: remedio ante la animalidad y a la vez veneno, pues su instauración abre un campo de preguntas sin respuestas, ya que dichas respuestas son del corte de lo inefable, se refieren a la verdad: al por qué, al para qué y al cómo del halo vital, y en el extremo, del Universo. Retomando de nuevo a Gerber:

Por ser el universo significativo un conjunto en el que solamente es posible la representación, su característica fundamental es la de constituir un universo en falta. Falta allí *un* significativo, aquél que pueda decir lo que el sujeto es, aquél que me pueda decir lo que *soy* para el Otro (2005:57).

Para finalizar con este primer apartado, resumo diciendo que esa Creación capital, que he ubicado bajo el mito del asesinato del Padre inventado por Freud, es propiciatoria de toda la actividad humana, tanto de aquella que tiende a la destrucción como de aquella que se orienta hacia la creación (esta vez con minúsculas), dado que ambas se motivan de la imposibilidad de completud. Es decir, apegarse a los cánones del lenguaje contiene irremediamente la pérdida del goce del ser, y así, se promueve la motivación por buscar ese “algo” que brilla por su ausencia en la cultura. Hago referencia a una ausencia de Sentido, de guía para desarrollar una vida armónica y sin faltas en los rieles de la civilización, lo cual proporciona la energía necesaria para la pulsión cuyo estatuto es el de ser una brújula peculiar, pues carece de funcionamiento estable ya que apunta hacia al objeto *a*, objeto causa del deseo (más no objeto del deseo), y que representa el residuo de la entrada en el universo simbólico; un objeto perdido por humanidad, inmaterial e inefable que no indica otra cosa que la presencia de una falta como vivienda de la subjetividad.

## **Destrucción y creación: dos polos de un mismo núcleo**

Se destruye ante todo por intolerancia, intolerancia ante lo real. La destrucción es constancia de la falta insoportable en relación a una ausencia de responsabilidad que nace de la pasión por la ignorancia; la destrucción es también, ímpetu feroz por regresar al narcisismo.

Por otro lado, se crea ya sea con la intención de suturar la falta, de domesticarla simbólicamente, como es el caso de la ciencia; o, también se da el caso, no menos importante, de crear para hacerle lugar a esa misma falta en una especie de himno al vacío, que es en sí, un intento de sublimar el horror que provoca, caso del arte, de ese arte que despierta y no aletarga, de ese arte del corte de lo transcultural.

### *Destrucción*

Como se ha mencionado, la existencia humana está dotada de una gran dosis de dolor debido a una satisfacción que es inasequible, la cual, también ya se dijo, procede de la interdicción del goce y la concomitante falta de seguridades en pro de acceder a una vida libre de tropiezos y plena en seguridades, en suma, imposibilidad de dar un sentido consistente al devenir dentro de los marcos del lenguaje. Dicha insatisfacción radical es aportada por las leyes de la cultura con la finalidad de asegurar su reproducción y una posible aprehensión de un mundo extraño y acuciante. Al respecto, con acierto Freud menciona que “la libertad individual no es un patrimonio de la cultura” (2004:94), pues la libertad implicaría la posibilidad de gozar y eso se ubica del lado de lo individual y no de lo colectivo; la plena libertad obturaría la creación misma del lazo social y promovería la anarquía. Tales renuncia y prohibición de la satisfacción vienen a cavar un hueco en la realidad humana y a la vez una voluntad por re-llenarlo, y es de este fenómeno que surge una hostilidad perenne contra la normativización que limita al ser.

Una de dichas manifestaciones hostiles que es por lo común calificada de infame es accionar con violencia, entendida esta última como la intención de salir del campo de lo placentero y socialmente aceptable

para entrar en ese otro campo enemigo del dis-curso que es el del goce. De aquí se desprende que el hombre no cuente con una filantropía o bonhomía de base sino todo lo contrario, el hombre más bien es egoísta y con tendencia a traspasar los límites de lo prohibido con tal de acceder a ese estado anterior a la Ley que se ubica del lado de la Cosa. La destrucción del orden social ha sido y será una constante amenaza para la cultura, pues lo reprimido vuelve a reclamar su lugar: lo real no cesa de no inscribirse.

[...] como todo lo evidente por sí mismo, esto también se olvida a menudo y necesita reafirmarse: junto con fuerzas positivas y creadoras, cada uno de nosotros alberga impulsos ciegos y destructivos apenas disimulados por un tenue barniz de urbanidad (González-Crussi, 1996:144).

Al dar un breve paseo por la Historia nadie puede negar que lo peor para el hombre, el peor de sus verdugos, es precisamente el hombre. Es más que un defecto una constante el hecho de que todo proyecto de avance sincronizado y democrático está destinado al fracaso, pues entre los miembros de la cultura existe un malestar de fondo que al no “componerse” a través de los diferentes sistemas e ideologías implantados, recae en aquellos que se identifican como diferentes o no adeptos a dichas imágenes que se supone traerá la concordia. A lo que me refiero es al hecho de que ante la imperiosidad de la falta y la cobardía por asumir que ésta, la falta, es producto de estructura y no de un sistema social dado, es común, casi clásico, que se culpe por esa misma mácula a aquellos que no comparten el mismo pensamiento o estilo de vida, y de allí a la destrucción no hay más que un paso. Es una tendencia corriente pensar que los dolores de la vida, y entre ellos, el más fuerte que es el del sin-Sentido de la misma, se pueden componer si se elimina aquello que *no anda*, si se elimina del mundo aquello que en su alternancia se opone a una forma de ser determinada. Es por eso que Freud dijera que:

Lo que en una comunidad humana se agita como esfuerzo libertario puede ser la rebelión contra una injusticia vigente, en cuyo caso favorecerá un ulterior desarrollo de la cultura, será conciliable con

ésta. Pero también puede provenir del resto de la personalidad originaria, un resto no domeñado por la cultura, y convertirse de ese modo en base para la hostilidad hacia esta última. El esfuerzo libertario se dirige entonces contra determinadas formas y exigencias de la cultura, o contra ella en general (2004:94).

Sentencia brillante (fiel a la sapiencia del doctor) de la cual rescato que la violencia que se dirige hacia fuera (las más de las veces) en forma de asesinatos, guerras, saqueos, etcétera, si bien pareciera tener motivos ideológicos, en sus cimientos dichos motivos son más bien existenciales y son producto de una falta interna de la cual cada uno de los hablantes es portador. La culpa que se avienta al prójimo es una culpa propia e ineliminable, pues es deuda de algo fuera de las cosas tangibles, es inaccesibilidad al goce. La fuente de la violencia brota de una discordia del sujeto para consigo mismo, y al no asumirla, se reubica en el exterior.

En este sentido, eliminar el *agujero ontológico de la existencia* (Trías, 2003), implica en el fondo la intención latente de eliminación de la subjetividad, lugar verdadero del hueco. Este fenómeno se observa de manera más nítida en manifestaciones como las adicciones y los intentos y logros suicidas, pues en estos fenómenos se observa una voluntad agresiva por romper con lo Otro que aliena la pureza del ser, una voluntad desenfrenada por salir de la caja de determinismos culturales que ponen un alto al deseo más fiel que es el de gozar por encima de lo permitido, pues como también lo escribió Freud:

El sentimiento de dicha provocado por la satisfacción de una pulsión silvestre, no domeñada por el yo, es incomparablemente más intenso que el obtenido a raíz de la saciedad de una pulsión enfrenada. Aquí encuentra una explicación económica el carácter incoercible de los impulsos perversos, y acaso también el atractivo de lo prohibido como tal (2004:79).

En resumen, la violencia y su materialización en la destrucción nace de una impostura que es la de intentar acabar con aquello que alberga la falta, ya sea que ésta se ubique por comodidad e irresponsabilidad en un exterior no adecuado a una dada forma de vivir el mundo, o que se

constate en el interior mismo del sujeto y al encararla no se halle una forma de metabolizarla. La destrucción es una impostura ya que se dirige a eliminar aquello que de no existir el mundo humano no sería posible. Sin la falta de goce y la conciencia de ser mortal todo lo que vemos a nuestro alrededor nunca sería; querer acabar con la culpa en el extremo deshumaniza. El hablente es tal por ser culpable y a su cargo está la asunción de la misma culpabilidad derivada de la castración como posibilidad de hacerse una singularidad y como posibilidad de aceptar que, después de todo, la culpa en transegeneracional, que es una culpa necesaria no nacida de la maldad del Otro sino de una necesidad que hace memorable la vida; en este sentido, la culpa y la deuda se pueden volver fecundas como lo demuestra el acto creador. Cabría en este momento retomar de nuevo al notable patólogo mexicano Francisco González-Crussi:

[...] el apremio que nos conduce a la destrucción es también la fuente de todo lo mejor en la vida: entusiasmo por nuestros proyectos, amor y creación artística. Sin la razón, el impulso puede volverse negativismo y destrucción, pero sin impulso, la razón sería demasiado fría, demasiado rígida, estaría más que presta a aherrojarnos con sistemas feroces e inflexibles en que no cabrían la alegría y el calor humanos (1996:146).

### *Creación*

He mencionado que ante la ausencia del goce y la insistencia de la falta no sólo se insinúa la posibilidad de que la violencia nazca sino que también existe la posibilidad de accionar en sentido inverso, es decir, creativo.

En este sentido, podemos afirmar que se perfilan básicamente dos actividades: la creación científica y la artística. Pero si bien ambas actividades en un principio parecieran ir en una misma dirección, en esta época posmoderna, se diferencian claramente al punto que puedo afirmar sin tapujos que mientras el arte, más allá de su tendencia barroca y a la vez nihilista con la que se nos presenta en la actualidad, mantiene su dote innovadora, y por eso, sigue siendo ante todo un lugar para el deseo; la

ciencia,<sup>3</sup> por su parte, se dirige ante todo hacia un Estado totalitario y es subsidiaria de una violencia sutil que se maquilla bajo los eslóganes de progreso y bienestar.

Como sabemos, la ciencia moderna, nacida alrededor del siglo XVIII<sup>4</sup> con la intención de librar del oscurantismo y del sentimiento apocalíptico que encontraba su eje en la caída del Otro predominantemente religioso, coloca a la conciencia en el centro de la cultura, es decir, instala la racionalidad en el derrotero de la ilusión de llegar a un estado de plena sapiencia, lo cual ha tenido el efecto de suprimir al sujeto al efectivamente conseguir arribar a leyes simbólicas y universales que erradican de su campo la duda confeccionando así un mundo sin contradicciones. En suma, principalmente desde la reflexión de Descartes y de Galileo, la premisa de la ciencia es la de arribar a la verdad, a un estado de plena sabiduría que tiene por objeto explicarlo todo en lo referente tanto al mundo natural como al social, y en ese camino otorgar una vida libre de contradicciones en la que el Sentido sería posible. Sin embargo, la ciencia siempre se ha topado con el síntoma, con aquello que no anda y que no se deja dominar con ningún tipo de argumento simbólico, es decir, se topa con lo real que se le escapa por estar precisamente fuera del símbolo. En otras palabras, la ciencia se topa con la falta de goce que yace detrás de toda respuesta, con un más allá que no se deja pescar por la red racional que se vierte en el entorno para comprenderlo; la racionalidad se topa, pues, con el inconsciente como punto refractario a la totalización. En este sentido, se puede postular que en el extremo, la ciencia tiene por objetivo latente la eliminación de la subjetividad ya que parte de la intención de llenar la falta que, evidentemente, es el motor oculto de toda su pasión epistemológica. Empero, lo real es en sí *inordenable*. Al respecto Gérard Pommier nos dice lo siguiente:

Es preciso saber, pero sobre todo no saber en qué consiste aquello que empuja hacia allí. De modo que el hombre puede aprender mucho

<sup>3</sup> Cabe aclarar que me refiero a la ciencia en su connotación positivista y ante todo con base en el paradigma físico-matemático.

<sup>4</sup> Retomo el siglo XVIII como siglo cumbre de la explosión del pensamiento racionalista que da pie a la ciencia moderna como tal, sin embargo, el proyecto de la modernidad ya se vislumbraba desde los siglos XVI y XVII.

acerca de los movimientos de las estrellas, a un tiempo que ignora lo esencial del movimiento de su deseo (2005:90).

O como lo señala Daniel Larsen (2006): “el científico nunca abandona el presupuesto del que parte: de que el campo de lo real puede ser, tarde o temprano, completamente recubierto por los conceptos de su disciplina”. Y es por esto que el psicoanálisis afirma que la ciencia en nuestros días tiende ante todo a erradicar la subjetividad, a determinarla de manera consistente con base en el cálculo, y es debido a esta imposibilidad que la ciencia conlleva un germen violento, pues si su premisa es la de erradicar las incongruencias que no permiten una vida feliz e indolente, se entiende que su máximo sueño sea apagar el dolor a rajatabla, la contradicción, literalmente, extirpando todo aquello que no se acople a su formalización, sin embargo, que *eso* exista, el malestar, es necesario para que el mundo humano se recree. “Esto es lo que llevó a Lacan a afirmar que la ciencia forcluye al sujeto y a plantear al campo de concentración como punto de fuga del desarrollo del discurso científico” (Larsen, 2006). En suma, el discurso científico y su materialización en la técnica

[...] se impone “curar”, y entiende esto como extraer, eliminar, sustituir lo que “no marcha” o “no responde”. El discurso de la ciencia ha generalizado en el mundo actual el mandato de extraer y desechar todo aquello y todos aquellos que son considerados causa del malestar, es decir, de la falta de dominio sobre el goce. El ideal científico es el dominio pleno cuya figuración es la identificación del orden simbólico con el goce, en un mundo donde la falla habría desaparecido. Pero este poder absoluto de lo simbólico sin un límite real es la pesadilla de un “mundo feliz” donde la alteridad del deseo se ha eliminado y la subjetividad ha desaparecido completamente (Gerber, 2005:90).

Atención. No se trata de satanizar a la ciencia y despreciar todos sus grandes avances que por un lado abren campos de visión inéditos y por otro hacen la vida un poco más amena, sino de puntuar los excesos a los que en la actualidad se dirige, excesos que se instalan en la pretensión de lo Unario, lo que se autodetermina a sí mismo, y lo que para cualquier

dolor tiene una curación, como si el dolor no fuera necesario e incluso normal para la transmisión de la cultura. Existen ciertas ideas en torno a la ciencia que se han convertido en verdaderas falacias y otras en tendencias fundamentalistas. En cuanto a las falacias habría que mencionar, por ejemplo, que se tiene la idea de que todo avance científico representa un avance progresista para la humanidad, cuando queda claro que mientras más avanza la ciencia más grande es el peligro de la erradicación total de los pueblos, y mientras más avanza la ciencia más posibilidades de explotación natural y social se perfilan, así como un individualismo avasallante que hoy en día ya apreciamos. En cuanto a las tendencias fundamentalistas, tenemos por ejemplo la idea, o al menos la esperanza, de que existe un gen para todo malestar, de esta forma toda responsabilidad por las diversas enfermedades que aquejan a un determinado sujeto se deja de lado y se otorga toda libertad al disparate científico que en muchas ocasiones confunde el mediador orgánico con la causa de dicho malestar o enfermedad. Estos y otros fenómenos han contribuido a que se pase de lo estrictamente científico a un científicismo a ultranza, a una especie de culto a la ciencia, la cual, si se analiza de manera profunda, tiene todas las características de una religión, contrariamente a lo que en la modernidad se esperaba de ella. El hombre posmoderno pone toda su fe en ella apegándose a la razón y lo comprobable que abanderan la creatividad científica, fenómeno que era de esperarse, ya que después de todo, la ciencia quiere la salvación y la claridad en tierra, el deseo hecho cálculo o ley irrefutable, como sea, la intención es que nada falte, y esto ha sido el mayor anhelo de los sujetos a lo largo de la Historia, librarse de su inconsistencia.

La ciencia reemplaza la intención del saber inconsciente. Y la técnica sueña así con un paraíso total, apto para todas las circunstancias. Hasta las desdichas más profundas son enmascaradas por la técnica. Existe una técnica de la salud, una técnica de la guerra. Se puede gozar gracias a ella de un paraíso al fin despojado de pensamiento y de sujeto. Un paraíso sin falta (Pommier, 2005:157).

En oposición al sentido lineal y global al que aspira la ciencia se encuentra el psicoanálisis, cuya dirección va más bien hacia la singularidad

y la asunción de un sin-Sentido de fondo de donde nace todo decir y hacer innovador. En esta vertiente es que se puede dar paso a esa otra actividad que, como la ciencia, es también creativa aunque en un sentido inverso, me refiero a la actividad artística.

La creación artística a lo largo de los años, más allá de su presentación variopinta, ha nacido en correlación a la crítica de todo Otro que pregona la posibilidad de salvación y arribo al terreno de lo seguro, entiéndase, el fin del malestar. Es por eso que la verdadera obra de arte siempre es contestataria de los ideales de felicidad, y en este sentido, la obra de arte se genera sólo en función de encarar la amargura que fluye de la carencia, la cual no se limita al estado de las cosas en un determinado tiempo histórico y espacio geográfico, sino que se trata más bien de algo del orden de lo estructural y, por ende, transgeneracional. Dicha falta transgeneracional y las opciones sublimatorias que posibilita se resumen en la siguiente idea:

No hay creación sino a partir de una falta: falta en lo humano una naturaleza determinada por la realidad biológica, falta también un lugar predeterminado en el orden del universo y, por lo tanto, la posibilidad de un ajuste automático con el medio (Gerber, 2007:68).

Así pues, el creador artístico, contrariamente a lo que pasa con el científico, no pretende capturar lo real sino darle su estatus de inefable, no pretende acaparar la Cosa sino sublimarla, y como sabemos, la sublimación es “la elevación de un objeto a la dignidad de la Cosa” (Lacan, 1986:133). Elevar ese objeto, la obra de arte, a la dignidad de la Cosa, implica pasar del terreno de las previsiones seguras al de lo inesperado, salto a lo inédito que surge en relación a bordear el lugar de la nada y de la incongruencia que habita en las entrañas de toda subjetividad; implica, pues, encarar el dolor de existir que se fundamenta en saberse mortal, ser hijo de la interdicción del goce y ser jugado por el significante que otorga una identidad que corre el riesgo de difuminarse. De aquí que Anzieu diga lo siguiente respecto del creador artístico:

El creador crea debido y a pesar de sus sentimientos de vergüenza y de culpabilidad. Crear es transgredir los tabúes, es liberarse de las

amenazas, pero también es jugar con fuego. Es pagar el precio con momentos de angustia, de depresión, con malestares e incluso con enfermedades orgánicas (Anzieu, 1993:71).

En la creación artística se juega con fuego, se juega con lo real, y esto es como adentrarse al ojo de un huracán en el que los movimientos son arrebatos fugaces, vaivenes en los brazos que crecen en torno a ese ojo, a ese vacío del ser, para salir de él y atestiguar de haberlo encarado mediante la producción de la obra, pues como lo menciona Lacan, “eso a lo que el artista nos permite el acceso, es el lugar de lo que no podría verse” (Lacan, 1995, citado en Maier, 2004:33). Ese lugar es el de la verdad que escapa a las palabras, la constatación de un irremediable acuerdo del hombre con su mundo, y lo más importante, consigo mismo. Es por esto que el arte es, por definición, transgresor de todos los valores de armonía. El arte, visto a través de la lupa psicoanalítica, resulta entonces *obsceno*. “El artista es, entonces, un oficiante de un culto que se le rinde al vacío, de una liturgia sin objeto, cuyo medio está constituido por lo obsceno” (Maier, 2004:44).

La creación artística, aquella que no se ubica en los cánones de la continuación de la posibilidad de una salvación mundana en la que el amor sin fallas es una realidad y la convivencia un fenómeno propenso a la perfección empática, se efectúa en correlación a la visión del límite que permite la estructuración de la subjetividad, límite que muestra los muros de la Cosa inaccesible, del goce que se esfuma en cada palabra, del horror que representaría satisfacer el deseo; en fin, la creación en las ramas artísticas se hace de frente a la muerte y no a otra cosa, esa muerte indomable que todo sistema intenta encubrir con programas de desarrollo progresivo y democrático. El artista se aventura en un juego a la velocidad de la luz, gira y gira en un mareo que angustia y que es también sublime. Como lo menciona Maier:

Se gira, pues, en torno a esa Cosa sin nunca llegar a alcanzarla; si es la causa de las pasiones humanas, acercarse a ella también significa consumirse. La pureza del deseo es el punto de encuentro con la pureza de la Cosa: imposible unión, insostenible, puesto que es, como lugar del goce, la propia ausencia. Y esa Cosa fascinante y fugaz es parte constitutiva del arte, que tal vez no sea más que su estuche (2004:72).

Por otro lado, si el arte comúnmente se califica de “colectivo”, es en razón a que su mensaje tiende a tocar en los espectadores ese mismo punto que lo originó y que también en ellos se halla: el lugar de la deuda y de la culpa (*schuld*), y como mencioné antes, ese lugar es el del asesinato del Padre. El arte impresiona pues trata con las escenas de ese acto, acaba con la supuesta inocencia e irresponsabilidad por la vida que se gana con base y sólo con base en lo que se pierde, el goce. Fruto de lo real, el arte es un homenaje a lo indecible y una sentencia dirigida a la castración del Otro que después de todo, es la propia del creador. En este sentido, para nuestro actual *estilo del mundo* (Verdú, 2003) se realza el valor de la existencia del arte y de su amor intrínseco: dar lo que no se tiene a esta época posmoderna que parece ya no quererlo, época que cada vez más se rige bajo la consigna de satisfacerse a costa de perder en ese movimiento lo más humano: el deseo.

### Creación literaria

Siguiendo con mi reflexión, creo que merece especial mención la creación literaria, la cual para algunos es lícito incluir entre el campo de las artes formales, mientras que para otros constituye más bien un campo aparte, un universo si bien artístico, también autónomo del resto de las artes reconocidas.

Pienso que la creación literaria merece especial atención reflexiva en correlación a que si tomamos en cuenta que la modernidad en gran medida pudo cimentarse con base en el paso de una sociedad de predominancia oral a una sociedad en la que la escritura se implantó como el medio de comunicación de mayor utilización (Mendiola, 2003), podemos colegir que en la época actual, la posmodernidad, impere un modo de estar en el mundo con base en un abordaje predominantemente visual, el cual se apoya de manera notable en un flujo interminable de la información que tiene tintes de ser lo renovable por excelencia, cuyo fluir sin restricciones me parece que ha causado un desgaste de la palabra, un desgaste de la comunicación que produce a su vez una fugacidad de las palabras y con ella, una fuga subjetiva.

En la posmodernidad el sujeto es un nómada cibernético que puede estar en todos lados pero en ninguno, hablar con todos pero con muy pocos con su cuerpo comprometido, con ello, su singularidad se pierde en los códigos de la red, en su *username* y en su *keyword*. Lo que en un principio y durante la modernidad empezó como la posibilidad de guardar registro del pensamiento singular y como posibilidad de ampliar el campo de conocimiento en beneficio del progreso humano, ahora se vuelve una succión del pensamiento, una estandarización precisamente de lo singular.

En suma, si las sociedades premodernas se construían con base en la transmisión del conocimiento y de la información de manera oral, lo cual implicaba una instancia corporal presente y la escucha como punto de abordaje clínico y pedagógico así como punto de encuentro y desencuentro con el prójimo, en la posmodernidad, en el rebasamiento de los ideales modernos de avance armónico y equitativo y la caída de la mayoría de las figuras de autoridad y confianza que con su sola presencia mantenían la represión e incitaban al deseo, nos encontramos con una sociedad cuyos tejidos virtuales se basan en servir de andamiajes al imperativo superyoico de gozar a costa de lo que sea; nos encontramos en la posmodernidad con el célebre *Homo Videns* que ya Sartori (1998) se encargó de señalar, es decir, con una subjetividad en apariencia abierta al mayor número de contactos pero en lo fáctico reducida a la soledad (que no singularidad) debido a la unificación de los gustos y las satisfacciones, atrapada en un mundo literal donde todo parece poder decirse y todo debería saberse, un *perfecto sentido*: todo corresponde a algo.

Un letargo gozoso sustentado en la textualidad virtual y fugaz con aspiraciones a transmitirse en una misma lengua es lo que impera hoy. De aquí se desprende a mi modo de ver la relevancia de la creación literaria bajo los cánones artísticos que ya señalaba. La creación literaria pienso que hoy viene a constituir una forma de mantener a lo real como aquello inabarcable por la palabra y que de esa forma funciona como su eje moderador, es decir, la literatura hoy más que nunca podría funcionar como constancia del deseo y espacio para la singularidad. Como lo puntualiza de manera notable y enfática Serge André:

Para decirlo brevemente, creo que a la inversa del efecto que Freud atribuye a la obra del narrador, la escritura tiene como función principal la de

despertar. Despertar en primer término a quien se entrega a esta extraña tarea, singular y solitaria, que es la escritura, y después –pero esto no es más que una esperanza, quizá tan sólo un anhelo ilusorio– a aquel que da acogida, como buen lector, al resultado de este secreto y la vez furioso combate con el lenguaje. Por ello estoy convencido de que el escritor, y muy especialmente el escritor de hoy, sin haberse encargado de “misión” alguna de la que él sea consciente y sin ser el militante de ninguna causa oficial, es llamado –sépallo o no, quiéralo o no– a convertirse en redentor del mundo contemporáneo (2000:178).

Ante la fatalidad posmoderna que goza con la muerte, que la exhibe como un producto más de la canasta básica de la sociabilidad, la escritura, aquella que como lo menciona André, “despierta” y por ende cuestiona, se erige como una actividad que puede funcionar como límite ante lo ilimitado que propone esta era de la información y que paulatinamente lleva hacia un esclavismo de lo real por parte de lo simbólico. Pues si es cierto que “escribimos porque somos imperfectos”, y en consecuencia “la escritura es un síntoma de nuestra anomalía” (Ortega, en Guedea y Cortés, 2005:49), queda de manifiesto que la escritura artística puede funcionar como barrera a toda pretensión de completud y búsqueda de final satisfacción que, como sabemos, lejos de acarrear una supuesta superación trae consigo el ahogo del deseo, aquello que hace del humano humano y lo aleja de la maquinaria.

La creación literaria, y en específico, la expresión poética, están llamadas a ser un lugar para ver lo que no se puede ver más en este bosque informático que estandariza la comunicación. Me refiero al lugar del No-todo, de la nada que es más bien la presencia de un algo que huye de todo acaparamiento simbólico. Retomando a Bossi: “el poema encierra la más terrible y fascinante de las metáforas: la nada” (2001:88), por lo que “la poesía, el arte, es lo único que podría rescatar el mundo, las cosas, de su muerte” (2001:72). Se trata entonces de señalar el lugar de lo imposible con base en una confrontación con el lenguaje para así erigirlo como aquello que posee una limitante irreducible en su núcleo, que actualmente se pretende erradicar y de donde emana la voluntad por vivir en la ex-sistencia.

El poema es un tráfico, un negocio con lo imposible. Imposibilidad del decir y del nombrar, decir contra toda evidencia, imponer una virtualidad al mundo que suponga, por ese gesto arbitrario, una posibilidad (Milán, 2004:31).

Abrir espacios allí donde la técnica y la virtualidad los cierra, allí donde la comunicación se hace pasar por lo que no es. Retomando de nuevo a André, en nuestras sociedades posmodernas

[...] se nos quiere hacer creer que hay algo que se nos quiere decir, pero sólo se nos dicen palabras vacías, eslóganes, frases hechas, o, cuando efectivamente se nos dice algo, se nos lo dice de modo tal que el mensaje es anulado de inmediato, hecho inaudible o ilegible por el diluvio del parloteo que lo rodea, lo neutraliza, lo banaliza [...] Al igual que los objetos de consumo, lo simbólico está de aquí en más condenado a un acelerado desgaste [...] Así, suavemente, somos conducidos [por más que se trate de la mayor violencia jamás ejercida sobre el ser humano] hacia un universo donde todo podrá ser dicho [...] Al contrario de lo que Freud podía pensar en 1909, no es el escritor quien prolonga el sueño y, por lo tanto el dormir; de ello se encarga el discurso del mundo (2000:181-182).

Dicho lo cual, se puede colegir fácilmente que hoy en día “la poesía, paulatinamente, pierde su vigencia en sociedades como las nuestras, sociedades excéntricamente descompuestas, incrédulas, neuróticamente *post*” (Yépez, en Guedea y Cortés, 2005:238).

Dentro de las entrañas de la marea informática en la que pululan las producciones textuales banales barnizadas de sentido común y eslóganes de eficiencia y superación personal a partir de una concepción de lo humano como propenso a la perfección, urge que el escritor artístico se empeñe aún en *pulverizar el significante* (de nuevo André, 2000), se empeñe en mantener la bendita falta que hace del mundo algo que vale la pena; urge darle su lugar innombrable y por eso fecundo a la muerte, la autora latente de todo acto innovador y memorable; urge darle su lugar antes de que lo encarne en la subjetividad literal que hoy vemos trágicamente surgir. Urge, para decirlo de alguna forma, más *poiesis* y menos *tekne*: más creación y menos norma.

## Bibliografía

- André, S. (2000), *Flac (novela) seguida de “La escritura empieza donde el psicoanálisis termina”*, Siglo XXI Editores, México.
- Anzieu, D. (1993), *El cuerpo de la obra. Ensayos psicoanalíticos sobre el trabajo creador*, Siglo XXI Editores, México.
- Braunstein, N. (2001), *Por el camino de Freud*, Siglo XXI Editores, México.
- Bossi, E. (2001), *Leer poesía, leer la muerte. Un ensayo sobre el lenguaje poético*, Beatriz Viterbo Editora, Rosario, Argentina.
- Foucault, M. (1968), *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI Editores, México.
- Freud, S. (2004), “El malestar en la cultura”, en *Obras completas*, tomo XXI, Amorrortu, Buenos Aires.
- (2003), “Tótem y tabú”, en *Obras completas*, tomo XIII, Amorrortu, Buenos Aires.
- Gerber, D. (2007), *Discurso y verdad. Psicoanálisis, saber, creación*, Escuela Libre de Psicología, México.
- (2005), *El psicoanálisis en el malestar en la cultura*, Lazos, Buenos Aires.
- González-Crussi, F. (1996), *Notas de un anatomista*, FCE, México.
- Guedea, R. y J. Cortés (2005), *A contraluz. Poéticas y reflexiones de la poesía mexicana reciente*, Conaculta, México.
- Lacan, J. (1986), *L'éthique de la psychanalyse*, Seuil, París.
- (2005), “Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología”, en *Escritos I*, Siglo XXI Editores, México.
- Larsen, D. (2006), “El lugar del saber”, *Revista Psikeba*, Buenos Aires [<http://www.psykeba.com.ar/articulos/DLsaber.htm>].
- Legendre, P. (1996), *Lecciones IV. El inestimable objeto de la transmisión*, Siglo XXI Editores, México.
- Maier, C. (2005), *Lo obscuro*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Mendiola, A. (2003), *Retórica, comunicación y realidad: la construcción retórica de las batallas en las crónicas de conquista*, Universidad Iberoamericana, México.
- Milán, E. (2004), *Resistir. Insistencias sobre el presente poético*, FCE, México.
- Pommier, G. (2005), *¿Qué es lo “real”? Ensayo psicoanalítico*, Nueva Visión, Buenos Aires.

- Sartori, G. (1998), *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid.
- Trías, E. (2003), *El árbol de la vida*, Destino, Barcelona.
- Verdú, V. (2003), *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*, Anagrama, Barcelona.